

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA
Fundadora de La Obra de la Iglesia

Separata del libro:

“LA IGLESIA Y SU MISTERIO”

NOTA.- Podría existir algún salto en la numeración por la eliminación de páginas en blanco en esta edición electrónica.

Con licencia del arzobispado de Madrid

© 1991 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA, S.L.

I.S.B.N.: 84-86724-01-5

Depósito Legal: M. 38.253-1991

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID – 28006

C/. Velázquez, 88

Tel. 91. 435 41 45

ROMA – 00149

Via Vigna due Torri, 90

Tel. 06.551 46 44

E-mail: informa@laobradelaiglesia.org

“DIOS ES AMOR”

Dios es amor por esencia, fortaleza, bondad...

¡Qué grande es Dios...! ¡Qué infinito en cada uno de sus atributos...! Y en cada uno de esos atributos, está todo el ser, y el ser es todos los atributos.

¿De dónde a mí, mi Dios Amor, entrar tan dentro de tu infinito ser...?

El Padre está contemplándose en sí mismo. Y, al contemplarse y abarcarse, está contemplando cómo Él se es amor. Y, al contemplar cómo se es amor, está contemplando, en este atributo del amor, todo su ser infinito, ya que cada atributo es todo el ser. Y en el atributo del amor, está conociendo todos los atributos, como en cada uno de los demás atributos.

En el seno del Padre son todos los atributos, y en cada uno se contiene o, mejor dicho, son todos los demás. Y todos los atributos son el mismo ser, y cada uno es todo el ser; ya que Dios

es el Ser que contiene en sí la perfección suma, perfección que es en infinitud de ser.

Por eso, al contemplarse el Padre, se conoce totalmente en todo su ser, se abarca, se penetra... Y, al verse tan infinito en infinitudes de atributos y perfecciones, al verse cuán deleitable, deseable, bueno, amoroso y feliz se es de por sí, se contempla tan contento y tan gozoso, al verse tal cual es, que, de sobreabundancia de ser amoroso, se le sale –sin salir– todo su ser. ¡Todo su infinito, fecundo y terrible ser se le sale, de contento que está el Padre al verse tan bueno! Se le sale todo su ser como en una explosión de alegría, como en un grito de felicidad, de contento... ¡Se le sale –sin salir– en una buena Palabra!

Y esa Palabra es el *reventón* de ser alegre, el *reventón* de ser gozoso que, de sobreabundancia de ser, sale *gritando* por el Verbo. ¡Por el Verbo...!

¡Qué claro lo veo...! ¡El Padre está *gritando*, pero por el Verbo...!

Sí, está *gritando* por el Verbo. ¡El Verbo es el *Grito* de ser del Padre, en Persona...!

Está *gritando* el Verbo en silencio; porque, por maravilloso, por infinito, por majestuoso, por perfecto, tiene que ser en silencio. Y tiene que ser un *Grito*, porque se le sale al Verbo todo el ser del Padre reventando en Palabra, en Expresión gozosa y alegremente inmutable.

El Padre, al contemplarse, conoce todo su ser. Y, como todo es amor, al dársele al Verbo, le da todo; y el Verbo, al expresar al Padre, le está cantando todo su ser amor.

Y al contemplar el Padre todo su ser, se ama; y al expresar el Verbo todo su ser, se ama.

Y al contemplar el Padre todo su ser en el Verbo, ama al Verbo; y al contemplar el Verbo todo su ser en el Padre, ama al Padre.

Y el Padre se ama a sí mismo en su Verbo; y el Verbo se ama a sí mismo en su Padre.

Y en el amor del Padre a sí mismo y a su Verbo, y en el amor del Verbo a sí mismo y a su Padre, en el atributo del amor, sale del seno del Padre y del seno del Verbo, como amor paternal y como amor filial, el Espíritu Santo.

Al amar al Verbo, se le sale al Padre todo su ser como amor; y el Verbo, al amar al Padre, canta todo su ser como amor. Y como en ese amor del Padre al Verbo y del Verbo al Padre va todo su ser, el Espíritu Santo es toda la perfección divina. Pues, como en Dios no hay partes, esa espiración amorosa que sale del Padre al Verbo y del Verbo al Padre, es todo el ser infinito como amor; ya que en Dios todo es ser, y cada atributo es todo el ser, y el ser es cada uno de los atributos.

Por eso, al amar el Padre al Verbo y el Verbo al Padre, el amor que sale de su seno es todo el ser como amor. Pero, como es al amarse el Padre y el Verbo, es del amor del Padre al Verbo

y del Verbo al Padre de lo que surge el Espíritu Santo.

¡Qué inmenso es Dios y qué sabroso es para mi alma el saberlo...!

El Espíritu Santo es la Persona Amor en Dios, que contiene en sí, por el amor del Padre y del Verbo, todo el ser divino.

El Espíritu Santo es todo el ser que se les sale al Padre y al Verbo en el atributo del amor, amándose como personas.

El Espíritu Santo es todo el ser del Padre y del Verbo que se les sale –sin salir– al amarse.

Dios, cuando se da, se da entero y totalmente en toda su infinitud, porque en Él no hay partes. Si cupiera decir: “lo más pequeño en Dios”, ese atributo más pequeño en Dios sería todos los atributos y, por lo tanto, todo el ser; ya que, como hemos dicho, en cada atributo está contenido todo Dios por no haber en Él partes. Él se es el Ser que, siéndose, es.

El Espíritu Santo es el amor bueno que surge del Padre amando al Verbo y del Verbo amando al Padre. Porque el Padre y el Verbo, al amarse, se aman con todo su ser infinito, y de la infinitud del amor paternal y filial, surge la infinita Persona Amor: el Espíritu Santo.

El Espíritu Santo es toda la perfección divina, porque Dios, como decíamos antes, por no tener

partes, cuando se da, se da por entero en toda su infinitud.

Por eso, cuando el Padre dice una Palabra, esa Palabra contiene toda su perfección; y tan infinitamente la contiene, que, a pesar de que esa Palabra es su Verbo, su Hijo, es todo su ser. Contiene todo su ser esa Palabra, porque Dios, cuando se da, lo hace como Dios, como infinito Dios bueno.

Si Dios Padre, al decir lo que es, lo tuviera que hacer en más de una vez, sería porque no tenía capacidad de decirse en una sola vez, y entonces Dios no era perfecto; porque su perfección consiste en que Él se dice en su Verbo totalmente, según lo necesita su ser eterno como Padre. Y si se dijera en más de una vez, sería porque no era capaz de decirse en una sola Palabra, y entonces no era la Perfección acabada en Dicho infinito.

El Verbo es la Palabra descansada que agota todo el decir divino. Y el Espíritu Santo, el desahogo de amor del Padre y del Verbo, al amarse infinitamente como su ser infinito y eterno se merece.

Cuando el Padre se canta en su Verbo, ese Verbo es todo el ser del Padre en Palabra. Y cuando el Verbo, que es todo el ser del Padre en Palabra, quiere decir a su Padre lo que es, se lo dice totalmente, infinitamente, como Dios sólo puede hacerlo, y como Dios, por infinitud, por exigencia de ser Dios, tiene que hacerlo.

Y cuando Dios Padre ama a su Verbo como buen Padre, y Dios Hijo ama a su Padre como buen Hijo, al amarse, en ese amor se dan todo en infinitud, en donación total: en Dios no hay partes. Y esa donación amorosa paternal del Padre al Verbo amándole, y esa donación filial del Hijo al Padre amándole, amándose como Padre infinito y como Verbo infinito, al amarse se aman en infinitud, en totalidad, en perfección, como Dios sabe y sólo Él puede hacerlo. Y ese Amor del Padre y del Verbo es el Espíritu Santo que, en sobreabundancia de amor del Padre y del Verbo, surge radiante como Persona Amor de los dos.

Espíritu Santo ¡cómo te veo surgir del Padre y del Hijo en Persona Amor...!

El Espíritu Santo es la Persona que surge del seno del Padre amor y del seno del Verbo amor, de la sobreabundancia de ser amoroso con que el Padre ama al Verbo y el Verbo ama al Padre.

El Espíritu Santo es todo el ser que se les sale al Padre y al Verbo, al amarse, en Persona Amor.

El Espíritu Santo es todo el amor que se le sale al Padre de su seno y se le sale al Verbo de su seno. Y cuando al Padre se le sale algo de su seno –si en Dios cupiera la palabra “algo”–, y al Hijo se le sale –sin salir– “algo”, ese “algo” es infinito, y ese infinito es Dios mismo.

El Espíritu Santo es todo el ser amoroso que espiran el Padre y el Verbo al amarse, como amor.

Por sobreabundancia de bueno, Dios, al darse, se da como Dios; y porque en cada atributo está todo el ser, al espirar ese Amor, en ese Amor va toda la infinita perfección.

Las tres divinas Personas contienen en sí toda su perfección, y toda esta perfección está contenida en cada una de las tres divinas Personas.

El Espíritu Santo es la Persona Amor que se les sale al Padre y al Verbo al amarse, de sobreabundancia de ser amoroso paternal filial.

¡Qué inmenso es Dios...! ¡Qué bueno es Dios...! ¡Qué buen amor es Dios...! ¡Cómo lo veo en la profundidad infinita de su perfección!

Alma-Iglesia, ¿ves qué bueno es Dios...? ¿Ves qué infinito es Dios...? ¿Ves cómo se da...?

Pues cuando Él se te da, se te da totalmente, infinitamente, por exigencia de su ser que, por ser infinito y no tener partes, tiene que darse totalmente.

Y si te parece que Dios se da poco, no es por parte suya; es por parte nuestra que no abrimos el alma para que entre la infinitud de Dios, y por ese motivo le poseemos poco. Pues cuando Él se da, por exigencia de su ser, tiene que darse como Dios; y como Dios no tiene partes, al darse, se da entero, pero cada uno le tenemos según la capacidad que, para llenarnos de Él, le abramos.

Dios es infinito. ¡Se es el Infinito! Se es el Amor, se es el Bueno, ¡el Buen Amor bueno...! Y cuando se da, se da como Dios y como Amor bueno.

Dios mío, cada día te conozco más. Y al conocerte, te amo más y tengo que expresarte, porque todo tu ser, por bueno, quiere que yo te diga a los hombres, metiendo en mí, al conocerte, una fuerza tan terrible, que, o te digo, o reviento. ¡Dios mío, si las almas te conocieran se abrasarían de amor como yo...!

¡Oh, Dios mío...! Si las almas contemplaran con el Padre, tendrían que cantar con el Verbo y se abrasarían en el fuego del Espíritu Santo, llenando el fin para el cual hemos sido creados; ya que la vida de la gracia es la misma que la que un día, en luz, al contemplar a Dios cara a cara, tendremos en el Cielo.

Allí, en la Mirada del Padre, el alma contemplará la perfección infinita, y se verá transformada, según su capacidad y por participación, en esa misma perfección infinita y en cada uno de sus atributos y matices. Se verá santa por participación, se verá virgen y se verá reina...

Y al contemplarse tan transformada y ser, en todo su ser, Dios por participación, toda ella, con el Verbo, será una expresión del Infinito y de cada uno de sus atributos y perfecciones.

Al verse el alma tan hermosa y tan transformada, llena de amor, participando del amor del Padre al contemplar y del amor del Verbo al cantar, con el Padre amará al Verbo y con el Verbo

amará al Padre, y, por participación, quedará abrasada y transformada en el Amor del Padre y del Hijo, que es el Espíritu Santo.

Y con el Espíritu Santo, participando del mismo Espíritu Santo, se abrasará de amor al Padre y al Verbo. Y, como loca de amor, contemplará en el seno del Padre, expresará en el seno del Verbo y se abrasará de amor en el seno del Espíritu Santo.

Como en Dios no hay más que un solo seno, que es el solaz de los Tres, el alma correrá –sin correr–, delirante de amor, de la persona del Padre a la persona del Verbo, y de la persona del Verbo a la persona del Padre, y de la persona del Padre a la persona del Espíritu Santo, y de la persona del Espíritu Santo a la persona del Verbo.

Y, en la persona del Padre, contemplará con el Padre, cantará con el Verbo y se abrasará de amor en el Espíritu Santo.

Y, en la persona del Verbo, contemplará con el Padre, cantará con el Verbo y se abrasará de amor en el fuego del mismo Espíritu Santo. Siendo ella, con el Padre, contemplación de la eterna Trinidad en su unidad de ser; rompiendo, como fruto de ese conocimiento, en la Canción de perfección infinita que el Verbo, en un romance eterno de amor, le canta al Padre impulsado por el fuego del Espíritu Santo. Sintién dose –como fruto de esta contemplación y expresión que ella tiene por participación–, abrasada, impulsada y saturada

en el amor de caridad infinita del Espíritu Santo que, como fruto de unión, la abrasa en su seno.

Y todo esto lo hará el alma en el único seno que hay en Dios; ya que, en Dios, no hay más que un ser que cada una de las Personas posee en plenitud. El alma, teniendo por participación lo que Dios tiene por naturaleza, participa así de Dios.

¡Así, así, así...! ¡Así participa el alma de Dios, en el Cielo en visión, y en la tierra en fe! Sólo que allí ya no puede sufrir, ni puede pecar; la visión y la fruición de Dios la hacen impecable. ¡Ya nunca ofenderá a Dios...! ¡Ya siempre contemplar...! ¡Ya siempre cantar...! ¡No hay impedimentos ya para contemplar a Dios...! ¡Se acabaron las noches oscuras, las tentaciones, las pruebas...! ¡Ya siempre contemplar cara a cara, sin velos, al Amor eterno...!

Y ya nuestra alma, sin tropiezos, sin impedimentos, podrá cantar eternamente, como loca de amor, a todos los confines del Cielo con su Esposo, en un grito de transformación.

Y allí, abrasada en el ímpetu y en la corriente infinita de las cataratas impetuosas del ser de Dios, el alma será un *reventón* de amor participado en el Espíritu Santo.

¡Ya ama el alma sin ser mezquina, con el mismo amor de Dios...! Ya su amor es puro, es santo con el mismo Espíritu Santo. Ya allí, sin malas inclinaciones ni nada que se lo impida, se perderá en el océano infinito de la Divinidad.

¡Y esto para siempre...! ¡Para siempre! ¡Para siempre, alma querida, para siempre! Y todos cantarán gloria a Dios en el Cielo, por toda una eternidad, en la participación gozosa de su amor infinito.

Dios mío, por infinito, por serte Tú el que te eres, postrada rostro en tierra, abatida bajo el polvo de mi miseria, por bueno, por infinito, te amo, te adoro.